

***Engranajes* de Rosa Arciniega. Una novela social que enfrenta la Modernidad¹**

Introducción

Rosa Arciniega, *Engranajes. Novela*, ed. de Inmaculada Lergo, Sevilla, Col. Espuela de Plata, Renacimiento, 2020.

INMACULADA LERGO

inlema@hotmail.com

En el mes de mayo de 1931, las prensas de Sáez Hermanos en Madrid terminaron de imprimir una novela que, bajo el sello editorial de Renacimiento –por entonces formando parte de la Compañía Íbero-Americana de Publicaciones (CIAP)– y por el precio de 5 pesetas, salió a la calle con el título *Engranajes*. Su autora era una joven peruana que había llegado a Madrid el año anterior y comenzado muy pronto a formar parte del ambiente intelectual de la capital, tan activo y atractivo por esos años; y a publicar artículos y cuentos en la prensa periódica. Su nombre: Rosa Arciniega. A los pocos días, el diario *El Imparcial* (24-5-1931) recogía la noticia de que *Engranajes* había recibido el prestigioso reconocimiento de «El mejor libro del mes», que otorgaba un jurado compuesto por escritores de la talla de Azorín, Ramón Pérez de Ayala, José María Salaverría, Enrique Díez-Canedo, Pedro Sáinz Rodríguez y Ricardo Baeza, ya muy acreditado por la calidad de los títulos que iba acumulando. Por ejemplo, por citar solo los dos más cercanos en el tiempo, *Aviraneta, o la vida de un conspirador*, de Pío Baroja, fue el seleccionado en el mes de abril, y *La agonía del cristianismo*, de Miguel de Unamuno, en junio². Es José Díaz Fernández el primero que comenta la obra, en una entrada de la sección “Libros nuevos” del periódico *Crisol* (30-5-1931). Le parece “valiente” que Arciniega se haya atrevido “con una novela de obreros”, una novela que entra en la nueva tendencia hacia una literatura avanzada, donde el dolor de los de abajo se refleje sin grandes aspavientos, objetivamente, como un problema”. El semanario *Nuevo Mundo* (3-7-1931), en una crónica sin firmar, se hace eco igualmente de su originalidad, pues no abundan –apunta– en el cuadro de la novela del momento, libros de ese tipo, “con ese ritmo característico de la vida nueva”; por eso –continúa– es más digno de ser acusado aquel acento nuevo de *Engranajes*, una novela en la que se reflejan –desnudos y estilizados a la vez, realidad y arte– los problemas sociales que son la más viva inquietud de la vida de hoy”. Rafael Marquina –hermano del también conocido autor

¹ El presente artículo reproduce la presentación a la primera reedición de *Engranajes*, realizada por Espuela de Plata (Grupo Renacimiento) en 2020.

² Fruto de este premio, y de su excelente narrativa, es el reconocimiento y éxito fulgurante que alcanzó la autora. Muy pronto se le ofrece un homenaje, que se anuncia en *El Imparcial* del 24 de junio, cuya convocatoria viene firmada por nombres tales como los de Benjamín Jarnés, Eduardo Marquina, Felipe Sassone, Félix Lorenzo, Enrique Díez-Canedo, Manuel Abril, Ernesto Giménez Caballero, Jaime Torres Bodet, entre otros: “La publicación de la novela *Engranajes* ha proclamado el valor literario de una escritora, Rosa Arciniega, que ha compartido con nosotros los afanes de la lucha. // Su revelación ha sido rotunda y magnífica, hasta el punto de que *Engranajes* ha sido declarado el mejor del mes de mayo, que fue el de su publicación. // Los americanos residentes en Madrid y los escritores españoles, uniendo dos iniciativas surgidas ante el feliz suceso, han creído ejemplar y justo tributar a la gran escritora, con el homenaje de simpatía, el estímulo del aplauso, ofreciéndola [sic] así el testimonio de una cordial camaradería [...]”.

dramático Eduardo Marquina– da asimismo noticia de ella a través de una elogiosa reseña, que amplía más tarde en un artículo publicado en *La Gaceta Literaria* el 1 de junio: Marquina no duda en calificar el libro de “obra de arte”, afirmando que es “de un decoro impecable” y de una profunda humanidad, además de “sobrio, preciso, contundente y luminoso”. Pero, sobre todo, estima la valentía de la autora por abordar en él un tema que en esos momentos es “el eje del mundo”: la cuestión social. Y no solo por afrontarlo de forma directa, sino por “descarnar el problema y presentarlo, mudo y escueto y crujiente, en toda su honda y dolorosa verdad”.

Estas críticas son muy acertadas, y hoy, al igual que entonces, las páginas de *Engranajes* atrapan con su humanidad y desesperanzada crudeza, haciendo que sintamos una poderosa empatía por Manuel, el protagonista y, a la vez, que nos rebelamos contra el “modelo” de injusticia social que determinó el rumbo de su vida. *Engranajes* es uno de esos libros que dejan huella, una historia que, como todas las de esta autora, absorben por completo la atención del lector. Y lo hace hoy de la misma manera que lo hizo hace casi un siglo, porque es fácil extrapolar al mundo actual –salvando las diferencias– las circunstancias laborales y vitales de tantos hombres y mujeres que se vieron aprisionados en un nuevo orden social que proclamaba sus logros –adelantos técnicos, mecanicismo, modernidad...–, como la conquista definitiva de la prosperidad y de la felicidad, pero despreciando el coste humano que todo ello conllevaba.

Engranajes proporcionó a Rosa Arciniega el reconocimiento general y la fama³. A partir de ese momento, casi no hay cabecera de prestigio (*La Gaceta Literaria*, *Ahora, Blanco y Negro*, *Almanaque Literario*, *Mujer*, *Ondas* y más) que no dé noticia de ella y de sus actividades: da conferencias en el Lyceum Club Femenino⁴ y en el Ateneo de Madrid –recogidas más tarde en *La Época*, *La Voz* y *El Sol*–, realiza visitas a diversas instituciones sociales, participa activamente en la radio, etc. Y son numerosas igualmente sus colaboraciones en publicaciones periódicas de diversa índole (artículos de variados temas, cuentos, reportajes de viajes, entrevistas...).

El momento le fue propicio. Desde finales del XIX, el intercambio cultural entre Hispanoamérica y España fue muy enriquecedor, y en las primeras décadas del siglo

³ Para una información más detallada sobre la autora, su obra y el ambiente cultural en que se desarrolló durante su estancia en Madrid, remito a “Rosa Arciniega y *Moko-Strom*, una distopía de la modernidad”, prólogo que abre la reciente edición de *Mosko-Strom* (Renacimiento, Sevilla, 2019), la tercera de sus novelas.

⁴ Siguiendo el modelo del Lyceum fundado en Londres a comienzos de siglo (1904) por Constance Smedley-Armfield, que fue el primero, un grupo de mujeres de buen nivel cultural y económico crearon en Madrid el Lyceum Club Femenino. Se inauguró en 4 de noviembre de 1926, con sede en la llamada Casa de las siete chimeneas (Plaza del Rey, 1). Su finalidad era atender y potenciar los intereses de la mujer a través de iniciativas en diversos ámbitos –jurídico, científico, artístico, etc.– y facilitar el intercambio intelectual, además de organizar obras de carácter social. Su presidenta fue María de Maeztu, las vicepresidentas Victoria Kent e Isabel Oyarzábal (*Beatriz Galindo*) y la secretaria Zenobia Camprubí. Algunas de sus asociadas más destacadas fueron Clara Campoamor, Maruja Mallo, Concha Méndez, Magda Donato, Elena Fortún, María Teresa León, Ernestina de Champourcín, Victorina Durán, María Rodrigo, María Lejárraga, etc. Se admitía como socias a aquellas mujeres con estudios superiores o que hubiesen destacado en algún campo artístico o literario, o bien de labor social. No se adscribía a ninguna ideología política ni religiosa, ni se restringía la entrada por cuestiones de orientación sexual o estado civil. Cogió en poco tiempo tanto prestigio que todos deseaban tener la oportunidad de participar en alguna actividad o conferencia. Así, por ejemplo, conferenciaron en él Rafael Alberti, Pedro Salinas, Ramón Gómez de la Serna, León Felipe, Américo Castro, Federico García Lorca leyó allí su poemario *Poeta en Nueva York* y Miguel de Unamuno su obra de teatro *Raquel encadenada*.

XX la afluencia de escritores americanos en España iría creciendo, entre ellos los peruanos, desde José Santos Chocano a César Vallejo, pasando por Felipe Sassone, Aurora Cáceres, Angélica Palma y especialmente el grupo de vanguardia que, además de Vallejo, contaba con los hermanos Abril de Vivero –Xavier y Pablo–, Félix del Valle, José Torres Vidaurre, Teresa María Llona o Armando Bazán, grupo que se hermanó con el estallido de la República y que fue con el que se posicionó Rosa Arciniega. Aparecieron también dos revistas de trascendencia fundadas por peruanos: *Nosotros* (1930) y *Bolívar* (1930). E igualmente activos eran otros grupos y escritores del resto de países de la América Latina. El ambiente reinante y las tendencias de la época instrumentalizaron en muchos casos la literatura, habiendo calado el marxismo muy hondo en buena parte de los intelectuales jóvenes. La vanguardia literaria se convirtió en un movimiento que englobaba política, arte, literatura y pensamiento. Se fundó la Unión de Escritores Revolucionarios Españoles, vinculada al Partido Comunista y a la URSS. Entre los escritores más activos de este movimiento estuvieron los españoles Rafael Alberti y María Teresa León y, entre los peruanos, César Vallejo y Xavier Abril. El dinamismo y repercusión de ciertos escritores hispanoamericanos de este momento fue tal que José Carlos Mainer no duda en hablar de "precursores del 'boom'" y, entre ellos, y en lugar destacado, cita a Arciniega: "Y llegaron a España revolucionarios como los peruanos César Falcón y Rosa Arciniega y también César Vallejo y Pablo Neruda, que, en la huella de Huidobro, ejercieron un ascendente similar al de Darío en 1900" ("Las raíces y los precursores de 'boom'", *El País*, Madrid, 12-11-2012).

Arciniega continuó escribiendo novelas y, tras *Engranajes*, vio la luz en diciembre de ese mismo año de 1931, y con el mismo sello editorial, una segunda, *Jaque-Mate (Panorama del siglo XX)*, que recibió la misma distinción de "novela del mes"; un relato "político-social" donde se alerta sobre el peligro de la subida de los totalitarismos –especialmente del fascismo–, y del de una sociedad que se encamina hacia una futura guerra mundial, hecho que tardó solo unos años en producirse. Su tercera obra narrativa larga fue *Mosko-Strom* (Cenit, 1933), una distopía de las grandes metrópolis, de las consecuencias negativas a nivel social y personal que puede conllevar la mecanización y aceleración de la sociedad moderna. *Mosko-Strom* tuvo una segunda edición en pocos meses, en 1934, año también de la publicación de *Vidas de celuloide. La novela de Hollywood* (Cenit, 1934), historia que se centra en la cara oculta de ese glamuroso y anhelado –pero engañoso– mundo que se ofrece en las pantallas de cine; en la realidad de las vidas de los actores y actrices de moda y de los que aspiran a ello. Los sellos bajo los que se publicaron estas novelas eran editoriales de la trascendencia de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (CIAP), tan activa esos años antes de su abrupta desaparición, y Cenit, una de las principales durante la República, que fue creada en 1928 en la cárcel Modelo por Rafael Giménez Siles y Graco Marsá, presos políticos durante la dictadura de Primo de Rivera. Estas cuatro novelas parten de un mismo impulso: una profunda y sentida preocupación social. Y en todas ellas se impone una vehemente reflexión –planteada siempre de manera muy personal, alejada de maniqueísmos al uso–, sobre el sentido de lo humano, una exhortación a proyectar una mirada crítica sobre la modernidad y la deriva del momento histórico en que vive, que se hace desde la perspectiva de la clase obrera y el común de las gentes, y también desde la clarividencia del desclasado, del que se siente diferente y se sabe atrapado.

Paralelamente va escribiendo y sacando en prensa relatos largos por entregas, como *El puma de Ollantaitambo* (en *Esto. Revista del hogar*, 1934-1935), episodios históricos novelados y cuentos (alguno de los cuales –junto a otros nuevos– reunirá más tarde en el volumen *Playa de vidas* –título de uno de sus primeros cuentos, aparecido en *La Gaceta Literaria* el 15 de julio de 1931–, que publica la Editorial Zapata en Manizales, Colombia, en 1940); así como artículos periodísticos varios, entre los que destacan los dedicados a “El milenarismo Imperio de los Incas”, publicados en el diario *Ahora*. Escribió también un drama radiofónico, *El crimen de la calle de Oxford*, premiado en un concurso organizado por Unión Radio Madrid en 1933. Es frecuente, asimismo, encontrar noticias sobre ella en las más variadas publicaciones periódicas como, además de las citadas, *Crisol*, *Economía Española*, *El Liberal*, *El Siglo Futuro*, *El Sol*, *Heraldo de Madrid*, *La Libertad*, *La Nación*, *La Tierra*, *La Voz*, *El Imparcial*, *Luz*, *Mundo Femenino*, *Esto*, *Mundo Gráfico* o *Revista Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes*, entre otras. También había ido reuniendo información y escribiendo una extensa biografía, *Pizarro. Biografía del conquistador del Perú*, que publicará Cenit en 1936, y que será la primera de una serie que, tras una exhaustiva labor de documentación por varios países americanos, irá publicando en los siguientes años, ya fuera de España, pues el matrimonio con su hija volvieron al Perú en 1936.

Rosa Arciniega (Cabana, Ancash, 1903 - Buenos Aires, 1999)⁵ había llegado a España junto con su marido José Granda Pezet en 1928. Pasan primero por Barcelona, donde nació su hija Rosa Beatriz, y se instalan después en Madrid, donde ya tenemos noticias de ella en 1930, participando desde el primer momento, como se ha dicho, en su bullente ambiente intelectual. Arciniega era una mujer moderna que encajaba bien con el nuevo espíritu de esos años y con los aires de renovación respecto al papel de la mujer en la sociedad propiciados por la II República. Se vinculó muy pronto al grupo de otras mujeres de izquierda como Concha Méndez, Maruja Mallo, Ernestina de Champourcín, Victoria Kent, etc., y con sus compatriotas. En 1928, el ideólogo José Carlos Mariátegui había fundado en Lima el Partido Socialista Peruano, al cual puede que se afiliara⁶; y, por otro lado, César Vallejo y César Falcón constituyeron desde París una célula marxista-leninista peruana. Falcón fue muy activo política e intelectualmente en nuestro país durante los años 30, y comparte páginas en los mismos diarios que Arciniega. Igualmente conocería a Vallejo, quien por esos años viajaba de vez en cuando a España desde París gracias a una beca concedida por el gobierno español. Fue ella quien asistió al poeta marxista puneño

⁵ Quiero dejar aquí fijadas definitivamente las fechas de nacimiento y muerte de la autora, pues hasta el momento había habido confusión en los datos existentes sobre las mismas. La fecha de nacimiento, que solía datarse en 1909, queda consignada con la partida de bautismo de la autora, que había sido ya reproducida por Manuel Zanutelli en *Periodistas peruanos del siglo XX. Itinerario biográfico* (Universidad San Martín de Porres, 2008), y que igualmente me han facilitado sus herederos. Dice así: «En esta Santa Iglesia Parroquial de Santa Ana de Lima a los cinco días del mes de Marzo del año del Señor de mil novecientos cuatro, el infrascrito Teniente de Cura Rector, bautizó solemnemente a Rosa Amalia Arciniega, nacida en Pallasca, Cabana, el diez y ocho de Octubre del año pasado, hija legítima de Don Artemio Arciniega y de Doña Rosa de la Torre. Fueron padrinos Doña Elvira Larrabure y Don Adolfo Dreiffus y testigos Don Elías Llerena y Toribio Mandujano, de que doy fe. Dr. Manuel Soto»; y la fecha del fallecimiento con el certificado de defunción, que la fija el 30 de noviembre de 1999, en la calle Bartolomé Mitre, 2553, de Buenos Aires (Argentina). Hay que advertir, sin embargo, que dicha partida indica erróneamente como fecha de nacimiento el 18 de octubre de 1910. Mi agradecimiento a Mario Merlo, nieto de la autora, e igualmente a Bernardo Díaz Nosty por facilitarme la referencia bibliográfica.

⁶ Las referencias críticas sobre Arciniega citan su filiación al PSP de Mariátegui y su ideología en estos años es clara en esa tendencia, pero no tengo por el momento prueba documental.

Carlos Oquendo de Amat, que murió de tuberculosis en la miseria en un sanatorio de la sierra de Guadarrama en marzo de 1936. Ya en Lima, le escribió el sentido homenaje "Llanto de quenas sobre una sierra castellana" (*La Prensa*, Lima, 4-3-1937; reeditado en *La Prensa*, Lima, 23-9-1973). También formó parte de la tertulia que Ortega y Gasset mantenía en torno a la *Revista de Occidente*. En definitiva, esta "anarquista mística", como ella misma se definía, encajaba muy bien en los nuevos aires renovadores del momento.

Toda la obra narrativa que llevó a cabo en España entre 1930 y 1936 es realmente valiosa, la más personal y original de toda su trayectoria creativa, que después sería mayoritariamente crítica y de relatos biográficos. Tras su salida de España en 1936, a consecuencia de la Guerra Civil, su labor periodística continuó siendo intensa, colaborando en *El Tiempo* de Bogotá, *La Crónica* de Buenos Aires, *El Universal* de Caracas, *El Telégrafo* de Guayaquil, *El Diario* de Nueva York, *La Prensa* de San Antonio –Texas– o *La Opinión* de California. Tomó parte en el Congreso por la Libertad de la Cultura (1950-1967), de intelectuales americanos que, desde muy diversas posiciones ideológicas anticomunistas (anarquistas, trotskistas, cristianas, socialdemócratas, liberales...) se posicionaron en la lucha por la democracia⁷. Entre los nombres conocidos estuvieron los de Gabriela Mistral, A. Houssay, Juan Ramón Jiménez, Américo Castro o Luis Alberto Sánchez, entre otros muchos. Y fue la primera mujer peruana acreditada como diplomática –Agregada Cultural del Perú en Argentina– ante un gobierno extranjero. En 1986 recibió en su país el reconocimiento de "escritora de prestigio internacional".

Con esta valiosa producción, comenzando por la española y por su novela *Mosko-Strom*, la editorial Espuela de Plata (grupo editorial Renacimiento) ha puesto en marcha desde 2019 la "Biblioteca Rosa Arciniega", continuando con la segunda entrega de *Engranajes*, y a la que seguirá muy pronto *Vidas de celuloide. La novela de Hollywood*. Nuevas sorpresas literarias que, sin duda, una vez abierto el apetito de esta autora, los lectores esperarán con interés. Tras la mencionada reedición de *Mosko-Strom*, la crítica, a ambos lados de Atlántico, ha vuelto a ser unánime en el reconocimiento de la escritora. En *El País* (23-3-2019), Jacqueline Fowks, encomia su "asombrosa capacidad de anticipar fenómenos actuales muchas décadas antes de que se produjeran"; José María Rondón, por su parte, califica la obra como "un atlas de agravios, un faro de costa que arremete contra el progreso sin alma. Este propósito coloca a la autora en el carril de aquellos intelectuales vigorosos que se echaron a la vida convencidos de que la acción cívica era una de las formas de la decencia y así escribieron sin dios ni amo", por eso estima en ella ese "razonar sin temor. Rechazar lo que de detestable tiene la ortodoxia cuando busca la planicie, lo homogéneo, el surco único por el que deslizarse" (*revistamercurio.es* 20-12-2019); en *ABC XL Semanal* (20-5-2019), Juan Manuel de Prada, comenta que, aunque muchas veces los elogios a los escritores en la prensa "revelan palabras vacuas, hijas de compadreo", en esta ocasión se ha topado "con una escritora extraordinaria [...], tan penetrante como llena de bondades literarias, que está pidiendo a gritos una rehabilitación que la saque de los yacimientos del olvido donde ha sido sepultada". Y

⁷ Más tarde quedó claro que su fundación, con sede en París y delegaciones en treinta naciones, y su financiación provenían de la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos. Fue respuesta a otra serie de eventos y organizaciones creadas en los años inmediatamente anteriores por la URSS.

pronto saldrá también en Lima la primer edición peruana de *Mosko-Strom*, que he trabajado conjuntamente con la editorial Pesopluma.

ESENCIALMENTE HUMANO... ENGRANAJES Y EL NUEVO ARTE

Rosa Arciniega abre su primera novela con un capítulo preliminar donde teoriza sobre la labor del artista, porque considera que se está viviendo un momento en el que se anuncia un Arte nuevo. "Pasar por la vida –piensa– con una corona de mirtos en la frente o una cajita de rapé en la mano, es viajar en el coche de la incompreensión y el egoísmo", y negar la existencia del dolor es "absurdo" además de "antihumano". Y si el arte y la literatura se han despojado de su ornamento forzado, de sus oscuridades de sótano o de su humorismo fácil, no puede ahora el escritor quedarse "con la pluma en alto" sin adentrarse con valentía y audacia en "los caminos vírgenes que de nuevo se abren". Y no cabe duda de que Arciniega las tuvo, y se lanzó por esos caminos con un estilo propio, de trazas vanguardistas y una temática social muy poderosa desde sus primeros relatos. La llamada "cuestión social" marcaba ya el rumbo de intelectuales y artistas en estas primeras décadas del siglo XX, ideologizándose en gran medida y convirtiéndolo en una obligación al servicio de una causa. La narrativa de Arciniega, sin embargo, no se pliega a imposiciones ni partidismos, se muestra esencialmente humana, como la poesía de su compatriota César Vallejo, a quien sin duda admiraba –antes de ser reconocido y afamando–, y utiliza su nombre para uno de los personajes de *Engranajes*. En opinión de Arciniega, el artista debe definirse con su obra, y sin duda su obra la define con mayor claridad que su propia biografía.

Engranajes es, como *Mosko-Strom*, un libro joven, una lectura de plena vigencia, y lo es porque, a día de hoy, la nueva reconversión industrial y económica en que vivimos y nuestra actual sociedad en crisis hacen que, pese a la fecha en que fue escrito, su lectura nos resulte cercana y por ello inquietante. La autora desarrolla la acción sin indicar una localización exacta, para que esta pueda situarse en cualquier lugar del mundo; y con los personajes y el protagonista crea igualmente un "hombre-millones de hombres" cuyas circunstancias compendian en una sola las inquietudes de la humanidad. Lo hace, además, procurando despojarlas del tono épico que fácilmente podrían adquirir, y alejándose de la tentación de todo heroísmo fácil, de una lectura simplista y estanca que señale a buenos y malos. Se denuncia la situación tal como los personajes la viven, quizá por eso nos la hace evidente y nos golpea con mayor fuerza, y se hace patente la imperiosa necesidad de abordar una situación de injusticia social que cada vez es más palpable y poderosa. Ese es su papel y su misión como escritora comprometida, porque pasar frente a la vida sin dejarse captar por los problemas de la misma –afirma–, "no es humano", y sí lo es "esencialmente", "dejarse prender por los conflictos colectivos".

En la columna "Vida literaria" del diario *La Libertad* (3-5-1931) se anuncia la inminente aparición de esta primera novela de la peruana con unas palabras que la definen:

Es una novela de nuestro tiempo, una novela social. En ella ha querido fijar – siempre, naturalmente, ajustados a los temas de una novela– todos y el único gran problema de nuestros días: la lucha entre el trabajo y el capital. *Engranajes* refleja la vida obrera en todos sus aspectos, la dinámica lucha por

la existencia en medio de una sociedad férrea, sin entrañas, para la que el elemento hombre, despojado de su calidad humana, pasa a ser solo un número, un tornillo, una pieza mecánica ajustada a la gran máquina. Es una novela fuerte, dura, sin literatura, sin temas pasionales, sin espumas frívolas... Una crónica violenta de nuestro tiempo. Un grito de odio lanzado contra el mundo...

Manuel, el protagonista, y su compañero Jiménez, trabajan en una fundición. Por circunstancias de la vida que no se explicitan, Manuel, que había sido un niño y joven feliz y acomodado, ha tenido que emplearse en ese duro trabajo para ganarse la vida. Manuel es un luchador, entiende que hay dos mundos que, en el tiempo que le ha tocado vivir, se enfrentan, imponiéndose el uno sobre el otro, ganando terreno el progreso y la modernidad, que es imparable, pero que conlleva un enorme sacrificio humano, un tremendo coste social, un reparto injusto de los beneficios y hasta un embrutecimiento del espíritu. Su compañero y amigo desde su llegada a la fundición es un chico muy joven, inocente aún frente a la vida, bienintencionado y sin la fortaleza física que requiere un trabajo así. Provenía de una aldea en la que había dejado a su madre, a quien oculta su situación, y habitualmente se deja llevar por la tristeza y los recuerdos de su vida pasada. Ama el campo y no ve nada positivo en la civilización. Ambos se hacen compañía y se apoyan, sobre todo Manuel a Jiménez, y pasan juntos por varios trabajos a los que se ven arrastrados; y por las tristes viviendas, habitaciones o barracones donde se van alojando según su estado de necesidad.

Los otros personajes del relato son los compañeros que van teniendo en los diferentes empleos por los que pasan; gentes cuyas vidas son el trabajo, endurecido su carácter por las circunstancias, que no pueden plantearse mucho más allá que la lucha diaria por la subsistencia; gentes humildes de nombres y vidas sencillas (Juan, Vallejo, Esteban, Isabel, Manolito, el señor Pepe... y tantos que pasan sin que reparemos siquiera en sus nombres) que mezclan la generosidad y el compañerismo con la brutalidad. Cualquiera otra manera de vida, la realidad la aplasta. Jiménez, por ejemplo, cuando entró a trabajar a la fábrica era vegetariano y no bebía apenas alcohol, pero "comiendo fruta y bebiendo agua clara no podía resistir el fuego de los hornos". Y, a las pocas jornadas de trabajo en la fundición, "a pesar de su gran voluntad, de su extraordinario deseo de cumplir, apenas si a las cinco horas de estar ante el fuego podía tenerse a pie. Se iba en sudor; se tambaleaba; no le obedecían piernas y brazos". Son gentes que no se cuestionan lo que el destino les ha deparado: Juan, por ejemplo, piensa que su papel en la vida es dar de comer a su familia y no se plantea otra cosa que cumplir con su deber; su mujer es una esposa resignada, que lo quiere y que repite que, aunque le pegue a veces, su Juan es buen hombre; Vallejo siente orgullo al pensar que su sudor contribuye a mantener una empresa que da trabajo y con ello da de comer a muchos del pueblo; los mineros, las prostitutas, etc., cumplen sus destinos y hacen su trabajo asumiéndolo, porque no hay mucho más para ellos.

Unas jornadas a día completo, extenuantes, un mísero salario que únicamente les da para mal comer y mal dormir y que reciben solo los días trabajados, sin derecho a ponerse enfermos o a disfrutar de días libres, una vida insensibilizada donde no se permite la más mínima debilidad sentimental, donde no tienen cabida los recuerdos o determinadas emociones, pues debilitarían el coraje necesario para soportar la dureza de sus vidas...; todo ello los atrapa en una rueda de la que es imposible salir.

Son hombres convertidos en engranajes necesarios de la maquinaria que hace funcionar, que hace que sea posible, una nueva era; la conquista de una civilización que conseguirá finalmente para la humanidad, a través de los avances técnicos, esa felicidad siempre buscada y anhelada a través de los siglos. Pero las piezas primarias y primeras de esa maquinaria soportan el peso de todo el mecanismo, sin piedad, sin consuelo, sin visibilidad. El trabajo de las minas, de los altos hornos, de las fábricas..., los metales pesados, las emanaciones de gases, los productos químicos, van envenenando y quebrantando la salud, sin protección, sin derechos de ningún tipo. Todo va pasando por las páginas de *Engranajes* con la crudeza directa, sencilla y neta de lo real.

En segundo plano, las mujeres, esposas y madres, sufren igualmente una vida injusta y deshumanizada. Están en sus casas o trabajando en otras fábricas, y soportando además el peso de los hijos, haciendo milagros para darles de comer y prepararlos para que, en cuanto tengan un mínimo de fuerza en sus brazos, aunque sigan siendo niños, contribuyan a mantener a la familia, otro nuevo engranaje para la máquina. Sin el desahogo de los hombres, ellas soportan otra consecuencia de ese modo de vida: las borracheras y las explosiones de violencia. Como la mujer de Juan, a quien "frecuentemente se la ve señalada, llenas sus mejillas de cardenales –rojos y violeta–, con cicatrices en la frente". Y son siempre las cuidadoras cuando alguien cae enfermo. Cuando Manuel va al hospital donde ingresaron a Jiménez, se encuentra "una mísera muchedumbre, silenciosa, opaca, gris. Casi todas, mujeres. Apenas hablan, pero se percibe al primer golpe de vista el dolor bajo las caras demacradas de esas madres, de esas esposas, de esas hermanas".

El amor es visto por Manuel como un lujo que no se puede permitir. La necesidad de ocupar todos los esfuerzos y las horas en conseguir un salario lo convierten en un sentimiento marcado de antemano. No hay lugar para él: "¡Preocupaciones del corazón! ¡Qué pronto mueren aquí, donde la única es trabajar brutalmente para comer, vencer el fuego y esperar una cama para descansar los huesos!". Y si lo ha habido, la angustia de poder dar de comer a su familia termina diluyéndolo, convirtiéndolo en una obligación, en nuevas preocupaciones para ambos. El desahogo del sexo, para los hombres, está en los prostíbulos, porque allí es fácil y barato y no tiene complicaciones. Manuel, al principio, no soportaba estar en ellos, no podía dejar de dolerse de la miseria moral a que estaban sometidas las que allí se ofrecían a él o a sus compañeros, de ver en ellas unos "pobres residuos de mujer" que solo cuentan con su cuerpo como mercancía para sobrevivir. Sin embargo, finalmente, él y Jiménez terminaron por aceparlo, y "aprendieron a vencer los remilgos y los miramientos". Para la mujer, la necesidad de expansión y de sexo ni siquiera se plantea, como no se planteaba en la sociedad del momento. Las únicas distracciones, por lo tanto, para estos hombres rudos en lugares donde no hay otras posibilidades de ocio es el alcohol –sedante y anestésico necesario por otro lado– y las putas. Unas "lacras" sociales que la novela decimonónica, esencialmente burguesa, achacaba a la falta de voluntad, al estigma hereditario o a la malicia de las clases obreras, en vez de verlas como una consecuencia de la falta de oportunidades, educación y acceso a la dignidad personal que a toda persona debe darse. Manuel, al comenzar la novela y ver todo eso en sus compañeros, comenta:

Hace ocho meses tampoco sabía yo lo que era eso de meterse en una "tasca", de desayunarse con aguardiente, de tener las manos encallecidas, de escupir

en lo más limpio, de blasfemar a todas horas. Ni lo sabía, ni acaso lo hubiera podido concebir. Hoy, sí. Hoy lo encuentro muy natural, muy lógico. Porque ocho meses de esta vida representan para mí tanto como los veintiséis años de la otra. La otra se ha ocultado, se ha escondido, se ha borrado tras ellos con la tersura de mis manos de señorito tras estos duros callos. Cada rugosidad de la piel, cada callo en mis manos, una rugosidad en el espíritu, un callo en la conciencia; cada músculo de mi cuerpo distendido, una fibra interna rota.

Nadie es dueño de su propia historia, nadie debe creerse por encima de la fatalidad, porque "el mismo azar" que hizo nacer a sus compañeros junto a las minas, o que los llevó a ellos hasta allí, es el que puso en los montes los filones de mineral. "Dios está demasiado lejos. Y los hombres no tienen la culpa".

Tampoco hay lugar para la naturaleza, se vive de espaldas a ella, sin el solaz o el consuelo que puede proporcionar. Jiménez siente siempre la desazón de no poder salir al campo, y añora poseer un pequeñito pedazo de tierra que le permitiera vivir de él con mayor dignidad. Y uno de los temporeros de una mina, un campesino que se había empleado ahí para ganar el dinero con el que comprarse una vaca, discutiendo con sus compañeros les dice:

Yo tengo allá un par de fincas que me dan maíz y patatas. Tengo también una huertecita que es de mi mujer. Hay por allí pasto abundante. Con esto y mi vaca tendré para vivir. Pobrememente, es verdad, pero allí, en mi casa, en mis fincas, en mí, nadie mandará. Y aunque tenga que trabajar, trabajaré a gusto, porque es para mí...Tú, en cambio, seguirás aquí moliéndote los huesos, bajo los gritos del capataz. El día que llueva, no ganarás tu jornal. El día que no te necesiten, te darán el pasaporte. Y cuando haya una huelga, te morirás de hambre.

El trabajo primario aparece idealizado:

Vidas nómadas de pastores primitivos tras sus blancos rebaños; labradores reunidos en torno a un fogón en días de lluvia. Pequeñas aldeas desperezándose bajo el volteo de las campanas para celebrar una fiesta. El placer del trabajo reposado, propio. El que no reconoce más amo que el sol que dora las espigas diciendo: "Recoged el grano". El de la tierra remojada que pide: "Simentadme". El de la lana que ordena: "Trasquiladme". El de la nieve que manda: "Descansad".

Y se compara el trabajo que produce algo concreto y positivo, con ese otro que no regala ninguna satisfacción a quien lo hace: "Ninguno es trabajo *positivo*. Unas máquinas sirven a otras, unos inventos a otros. Se eslabonan, se sujetan entre sí, creando una común vida ficticia". Y plantea ya lo que desarrollará más tarde en su tercera novela, *Mosko-Strom*, la trampa de la gran urbe, de la vida que se agota en ella misma presa de la aceleración y de sus propias bondades, aquellas que la facilitan.

De los altos hornos, Manuel y Jiménez pasan a una mina de hierro, donde afrontarán otro reto, un trabajo que requerirá de nuevo de todo su esfuerzo, adaptarse a sus

duras condiciones y, sobre todo, sobrevivir a las vidas inocentes que se cobra y, con ello, a tragarse una rabia que no hay contra quién descargarla:

Sobre un vagón de mineral yace el cadáver de uno de los que se "colaron" por la boquilla. Está tal como cayó, casi encorvado, con las piernas abiertas, en forma de X. El otro quedó allá dentro hasta que venga el Juzgado.

Maldita la falta que harían aquí esos señores enlevitados con su formulario de rutina. Vienen a preguntar al cadáver: "quién te ha matado".

¿Quién?

Dios, la vida, la necesidad, los hombres, la ambición. Que escojan al que quieran.

Y si no, que se queden con todos.

Al protagonista le resulta imposible poder describir y transmitir ese momento trágico en que la madre, o la mujer o la hija reconocen el cadáver de su ser querido tras la explosión de la mina:

Podéis volveros locos –oh artistas– queriendo dar vida a vuestros dramas, a vuestras novelas. ¡Qué risibles al lado de estas escenas auténticas! Venid a aprender aquí, en estos ojos desorbitados, en estas voces angustiosas, en estas manos epilépticas, en estos espíritus en la más alta tensión para quienes el tiempo y el espacio están suspendidos en un nombre, en una sola palabra.

Pronto se enfrentarán a otro nuevo desafío: la huelga. Se convoca en apoyo a los camaradas de otra mina que se va a cerrar. Con ella llegan a un nivel de precariedad insufrible: el hambre y las enfermedades hacen estragos, "se ven por las calles caras demacradas, barbas crecidas, ojos extremadamente dilatados. Hay defunciones de niños casi a diario. Y eso que solo van quince días". Pero hay que seguir con ella, nadie se atreve a oponerse por no ser un esquirol. Manuel piensa que sería mejor una lucha inteligente, y no un enfrentamiento que no está perjudicando a la mina, sino solo a ellos mismos.

Resuelven entonces, cuando ya no hay nada que hacer ni con qué poder ayudar a los demás, y con el remordimiento de dejar a los compañeros, marchar a otro lugar, ir a la gran ciudad, donde creen que se les ofrecerán más oportunidades. Y lo hacen con el deseo de poder hacer algo por todos, "algo grande, algo positivo. Algo que no esté ni en la espalda, ni en la pistola, ni en la estridencia, ni en el caos". Todavía les quedan fe y esperanza. La realidad acabará por quitárselas. Mientras el tren que los lleva marcha inmutable e insensible a sus desdichas, Manuel piensa que solo son "dos átomos que van, bajo la noche, hacia la noche, impulsados por el azar, por el hambre, por la miseria. No hacia su ciudad de provincia, sino hacia la otra, hacia la grande, hacia aquella en que la lucha es más empeñada, hacia el vértice del gran engranaje". Y así será, pues lo que esta les deparará será la búsqueda larga y desesperada de una ocupación que les permita subsistir, y el desengaño y la pérdida de lo poquísimo con que contaban, al caer en el engaño de contratos de ventas a comisión, o de pagar unos anuncios en la prensa que les conseguirían supuestamente de forma rápida un empleo. El paro de tantos, su falta de trabajo, la reducción de jornadas, etc., les obligan a aceptar unos salarios y condiciones laborales deplorables, pero que son lo único que encuentran tras una ardua y dolorosa búsqueda. Y si en la fábrica o la mina era difícil, aún más lo es en la ciudad, al estar

poblada de un número ingente de necesitados como ellos. Además se encuentran en ella la doblez, la apariencia, la treta, la argucia, la picardía..., y deben aprender a moverse en ese ambiente. La ciudad, con su apariencia alegre y amable, es aún más cruel con ellos: "El Alto Horno, la mina... Aquello era el trabajo brutal, es verdad; pero noble, limpio y descubierto. // Esto... Esto es la *ciudad*. La lucha tramposa, el engaño, el sucio negocio. Allí solo se necesitaban puños. Aquí, dos falsas ramificaciones de la inteligencia: pillería y maldad". Y a Manuel le duelen íntimamente sus contrastes:

Empezamos a comprender el valor de la peseta, de la perra chica, del céntimo. Empieza a ahogarnos la presencia del espléndido escaparate, de la tienda abarrotada de comestibles.

Lujo, riqueza, bienestar...

Pobreza, miseria, unos residuos en el bolsillo...

Ahí, la ciudad enorme, bulliciosa, llena de poderío.

Aquí nosotros, dos hombres, dos voces que mueren en el mismo inmenso tráfago sin ser oídas.

Los oficios por los que van pasando a lo largo de la novela son aquellos que marcaron la industrialización de finales del XIX y principios del XX: las minas, los altos hornos, las fábricas, la colocación en el mercado de sus productos... Y las condiciones laborales que realmente se impusieron en sus inicios. Y por encima del trabajo sobrehumano de cada día, lo peor es esa repetición continua del mismo, sin alteración posible, sin que haya nada en el transcurrir de la existencia que altere ese mecanismo destructivo: "Días... días... días... Horno... lecho... taberna. Todo igual. El mismo paisaje oscuro. La misma vida invariable, seca árida. Negruras por fuera, oscuridades por dentro". Y aunque muchos de sus compañeros no se plantean otra forma de vida, sí lo hacen Manuel y Jiménez, porque la han conocido, y a Manuel le gustaría poder decir en voz alta: "tengo miedo a este trabajo, a esta vida miserable, brutal, a que nos fuerza la vida moderna. A este vivir sin vivir, sin cielo, sin luz, sin aire, sin pensamientos, sin variaciones, sin esperanzas. Este vivir de máquinas, de cosa, de objeto, de número". Y como objetaba José María Rondón respecto a su tercera novela *Mosko-Strom*, "al final, para Rosa Arciniega, lo que queda siempre es la estela de una derrota. Una derrota hacia la que los hombres viajamos furiosamente, desde cualquier lugar. Aceptando el mal y la opresión sin cuestionar lo irremediable. La ciudad de la novela no es un lugar, sino una forma de entender el mundo. Un viejo conflicto consumado. Un hábitat donde el fracaso es no sentir, no vivir" (revistamercurio.es 20-12-2019). El sistema entonces es visto como un monstruo que necesita su ración diaria y que no entiende de personas ni de nombres, y así lo siente Manuel en *Engranajes*: "Fuera, podemos ser Jiménez o Manuel, Vallejo o Juan. Para el monstruo solo somos el 40, el 510". Y un día tras otro, todos son iguales: "...otra jornada. Igual que ayer; igual que mañana; igual que siempre. // He aquí la creación. He aquí el mundo con su infinita variedad a lo que queda reducido para nosotros, estos centenares de hombres uniformados que nos apiñamos en torno a un Alto Horno. ¿Qué existe fuera de esto?". Y la lucha por la vida se ve peor que la de una guerra; al menos en ella, se plantea un minero ex-legionario, se sabe quién es el enemigo.

Por eso, los recuerdos amables de su vida anterior, del cariño, de la "madre" deben alejarlos como al peor de los enemigos. Y poco a poco van perdiendo la esperanza:

"Empiezo a conocerte, Mundo; empiezo a conocerte. Empiezo a afilar mis uñas contra ti. Contra ti –¡Oh, Mundo!–, que así me arrojas, despiadadamente, a esta miseria".

El valor más positivo del relato es la relación entre ambos, Manuel y Jiménez, de apoyo y de cariño mutuo, de estar con el otro en todos los momentos, en todos los golpes sufridos, compartiendo siempre, sin fisuras: "Nos queremos con ese amor más firme que todos los demás amores. Con ese amor que engendra la camaradería, el verdadero compañerismo, el haber pasado juntos por todos los dolores, por todas las inquietudes".

Su trayectoria es como una bajada a los infiernos, que empieza precisamente por aquello que parece serlo, el fuego de los hornos, pero que va cayendo a otros, círculo a círculo, hasta tener conciencia clara de que no hay salida posible:

Verdad es que en nuestra vida no existe ya ningún fin. Antes pudo estar allá arriba. En un Dios... en una Idea. Pudo estar también acá abajo. En una ambición... Quizá en una mujer... Ya, ni arriba ni abajo. Ya, no hay sino seguir girando... girando siempre mientras llega un nuevo relevo de vidas a suplantarnos.

El tema de Dios y la religiosidad también asoma en la novela. Al comienzo, Manuel se aferra a la fe, la necesita: "¿Qué esperanza puede abrirse ante nosotros?... Solo la tuya, ¡oh, Dios! ¡Dios! Ahora más que nunca necesito de ti". Pero al salir al mundo se rebela contra el consuelo de su ceguera; cuando este te abre los ojos ya no es posible la fe. Por eso, a la lectura de una de las cartas que su madre envía a Jiménez, en la que le da unos consejos totalmente pueriles, Manuel piensa: "Es una de esas señoras rancias que no se dan cuenta de nada. Cae la desgracia un poco tarde sobre ellas, y ya no aciertan a rectificar su vida. ¡Que vaya a misa todos los días! ¡Que bese el escapulario cada hora! Sí, en el horno, en la mina. [...] El mundo quizá no fuera tan desgraciado sabiéndose engañar con alguna creencia. Pero, claro, me parece que no hay fe que resista los batacazos que da la vida". Y, más tarde, se rebela contra esa caridad conmisericordiosa que la Iglesia ejerce; justicia y dignidad es lo que reclama. Como cuando unas beatas se pasan un día y otro por la choza –construida por él mismo– en que vive el señor Víctor, su mujer y sus chiquillos. Él se ha quedado en el paro y ella rebusca en la basura para sostenerlos. Se pasan con estampas y rosarios, y los acucian para que se casen por la iglesia y bauticen a los niños. Él se indigna: "A mí lo que me hace falta es trabajo y no limosnas, ¿estamos?", y razona: "Como que porque venga un cura y nos diga: 'Ya estáis casados', voy a querer más a mis hijos o me voy a portar mejor con mi compañera. ¿Tengo yo alguna querida? ¿Tiene esta algún querido? A ver si esos de arriba que están muy casados, muchos de ellos pueden decir otro tanto", para finalmente montar en cólera: "Dios no es más que una mentira. Una mentira para vosotras. Si le hay, ¿por qué consiente estas cosas? ¿Por qué no me da de comer?".

En el planteamiento que ofrece Rosa Arciniega en esta novela no queda de un lado la bondad y de otro la maldad; lo que busca es que la realidad salte a primer plano para que se sea consciente de ella, algo imprescindible para poder plantearse y encontrar un cambio, una solución. Y esto es algo imperioso, porque no hacerlo, mirar a otro lado pese al horror de las vidas de tantos que solo encuentran puertas cerradas, callejones sin salida y ningún atisbo de esperanza, solo puede concluir de

la manera que lo hace en la novela, conducir al proceder del protagonista al final del relato y acarrear consecuencias nefastas para todos. Los hombres que pueblan la novela son gente trabajadora y sencilla que no rechazan el esfuerzo, pero de los que se abusa; y ese abuso conduce al despojamiento de todo aquello que confiere dignidad a la vida de toda persona:

esta negación de todo lo existente!... esta anulación de toda personalidad...
esta reducción al hombre número, al hombre cero... Este trabajar de máquinas...
esta matemática... este cálculo... esta vida uniformada... igual...

Así es esta primera novela de Rosa Arciniega, y he aquí con ella y con su autora, como escribió Rafael Marquina en el citado artículo de *La Gaceta Literaria*, "la madurez del acierto", que consigue su personal y poderoso genio creativo. Los diálogos, su prosa ágil, directa, enérgica, valerosa, apasionada, marcan un ritmo rápido de lectura pese a la continua reflexión y al diálogo interior constante del protagonista. Es el pensamiento de Manuel el que nos va conduciendo, el peso de sus reflexiones es más poderoso que la propia acción, se impone a ella y la determina. Y es la fuerza de las convicciones de la autora la que se desborda en los personajes y en la historia que relata.

Y así lo seguirá siendo en las siguientes entregas: *Jaque mate*, *Mosko-Strom*, *Vidas de celuloide*, y en toda su narrativa –relatos largos, cuentos, crónicas de viaje–.

No es fácil encajar por completo a Arciniega en ninguno de los credos que definieron esos convulsos años. Lo que la define es una idea muy clara de compromiso activo con los necesitados, una responsabilidad asumida ante los conflictos y los logros de su época y una necesidad de reflexionar sobre ellos con honestidad buscando una verdad común para todos, una trascendencia; pero no desde la cátedra ni desde la superioridad moral del ideólogo, sino a pie de calle, conociendo sus limitaciones:

Podréis –¡oh, sabios!– acumular palabras y palabras hasta construir pirámides de volúmenes. Podréis, desde el púlpito, pronunciar la palabra "Dios". Desde la tribuna, las palabras "Igualdad, Fraternidad". Desde los rascacielos, las palabras "Progreso, Civilización". Ninguno os acercaréis a grabar estas tan sencillas: "Liberación, Felicidad". [...] Domináis a la Naturaleza, a los elementos; pero sois incapaces de llevar un poco de tranquilidad a un espíritu conturbado, de aliviar esas oscuras miserias del mundo".

Pese a su juventud, su militancia socialista y su modernidad activa –pilotaba avionetas, colaboraba en la radio convencida de su gran capacidad para entrar en los hogares, entusiasmándose por toda aquella novedad científica o técnica que condujese a una mejora social, utilizando un arreglo personal andrógino y atrevido, etc.–, es muy crítica con las sociedades que han tomado como norte el consumo, la técnica, el progreso indiscriminado..., y se plantea y sopesa una y otra vez en sus escritos la necesidad imperiosa de abrir los ojos y saber mirar el mundo actual, de razonar y comprender, de ser generosos con la vida y con los demás, en definitiva, de que prevalezca la humanidad por encima de cualquiera otra cosa. En la literatura –sostiene en uno de sus artículos de *La Gaceta literaria* (1-8-1931) –, debe primar la idea sobre el estilo, y "el escritor frente a su obra no puede ser en modo alguno ermitaño sedentario, maniatado recluso asomado a una sola ventana, sino nómada

peregrino, espejo, camaleón". Por eso, como he repetido ya en otras ocasiones, las novelas de Arciniega son novelas de tesis, hay en ellas una intención y propósito definido que, en *Engranajes*, se explicita al final del relato a modo de imperioso deseo en la mente de Manuel: "Si, al menos, ya que no nosotros, los demás, los que han de venir, no conocieran esto... Si, al menos, con esta lucha, con estos dolores de hoy, pudiéramos hallar la perdida recta para las generaciones futuras...".

Más que nada le preocupa el materialismo que se impone; un estilo de vida que prima la producción y el consumo sobre otros valores, y que exige el sacrificio de muchos para el bienestar de unos pocos, porque "En la vida moderna no hay más que un amo. Uno solo. Y muchos criados. Muchos. Todos", y porque:

El siglo XX lo tiene, lo posee todo. Pero –amante ahíto– desde el borde del lecho se pregunta: "Y ahora ¿qué?".

[...] El hombre moderno, en poder de todos los instrumentos para vivir una vida intensa, fatalmente se ha materializado: ha reducido al mínimo su capacidad de sacrificio por algo que no sea el problema perentorio, la contingencia diaria. Ha perdido el arte de la inocencia, el encanto del engaño, del espejismo. [...]

–Y mira, Manuel. Mira esa ciudad. Mira esos millones de hombres, todos desgraciados, todos miserables. Nada hay ya que pueda llenar su existencia. Porque caminan en la oscuridad. Porque nada ven, precisamente porque ven demasiado. Con nada pueden ya engañarse. ¡Como nosotros! ¡Como nosotros! ¿Imaginas tú, Manuel, una vida como la nuestra, sin nada al fin?... ¿Para qué estamos aquí?... ¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué luchamos aquí?

Hoy mismo, 1 de enero de 2020, se podrían haber escrito estas mismas líneas. Por eso, a usted que tiene ahora entre las manos el libro al que pertenecen, que va a adentrarse en su trama y que va, sin ninguna duda, a conmoverse vivamente, cuando haya dado la vuelta a la última página ya no se desprenderá de su penetrante impresión.